

CULTURA

De la necesidad surgió el primer editor

Venecia recuerda al humanista y precursor del libro Aldo Manuzio con una gran muestra

MILENA FERNÁNDEZ. Venecia Su vida podría definirse en tres adjetivos: visionario, astuto, intuitivo. Aldo Manuzio (Bassiano, 1449-Venecia, 1515) inventó el libro de bolsillo y está considerado el primer editor literario. El humanista llegó a Venecia con 40 años, ya mayor para la época, pero decidido a imprimir los clásicos de la literatura griega, cuando apenas eran ya leídos. En la ciudad de los canales —epicentro de las editoriales europeas de los siglos XV y XVI— fundó una empresa e impulsó la circulación del patrimonio de las ideas, contribuyendo a crear una cultura europea común, que supo integrar el mundo clásico al mundo moderno y contemporáneo y al mismo tiempo, iluminó las artes figurativas y sus protagonistas: Bellini, Carpaccio, Tiziano, Giorgione, Barbri, Lotto, Lombardo. Lo cuenta con gran rigor científico la exposición *Aldo Manuzio, el renacimiento de Venecia*, abierta desde el 19 de marzo y hasta 19 de junio, en las salas recién restauradas de Galería de la Academia, antaño sede de la prestigiosa escuela de arte.

Desde la primera sala, el espectador capta que no se trata de una exposición concentrada solo en libros: hay un centenar de esculturas, pinturas, objetos producidos hace 500 años en la ciudad lacustre, y que, ahora retornan gracias a los préstamos de museos ingleses, franceses, italianos, alemanes y estadounidenses. La exposición debía coincidir con el quinto centenario de su fallecimiento, el 6 de febrero de 1515. Sin embargo, la celebración llega un año más tarde debido a una serie de lamentables tropiezos de la burocracia italiana. La Biblioteca Nacional de España sí cumplió y el pasado año ya le dedicó una exposición a Manuzio.

Los dos comisarios de la muestra, Guido Beltrami y Davide Gasparotto, muestran el exquisito planeta Manuzio. Delante del gigantesco *Encuentro de peregrinos con el papa Ciríaco*, de Carpaccio, el primero explica el viaje de



Retrato de mujer, de Bartolomeo Veneto, supuesta Lucrecia Borgia, que se exhibe en la muestra de Venecia.

Manuzio a Venecia: "Aldo era maestro y no confiaba en la calidad de los libros que utilizaba para enseñar gramática latina. Su trabajo nace de la necesidad de dar a sus estudiantes textos preci-

dos que el mismo hace y corrige. Por eso publicó, en 1493 *Instrucciones gramaticales latinas*, libro especial porque el contenido es impecable y el diseño nuevo".

El primer libro salió tan bien

que, un año más tarde, nació el taller del artista-artesano. Considerado un prototipo del Renacimiento, Manuzio tardó tres años en imprimir 1.792 páginas de Aristóteles; una copia, en perga-



Detalle de libro y sello de Manuzio.

El Steve Jobs del libro de bolsillo

El comisario Guido Beltrami compara a Aldo Manuzio con otro innovador: "Era una especie de Steve Jobs, que transformó un ordenador grande en un *telefonino* que ahora llevamos en el bolsillo". Su mayor éxito fueron las ediciones de libros de bolsillo, en formato de octavo, con lomos de un palmo. Así se abandonó la lectura en atril y transportó el libro a la vida cotidiana de los lectores. La exposición exhibe la primera edición de bolsillo: *Virgilio* (1501). Esos libros se pusieron de moda entre la nobleza europea, así como las ediciones piratas, que Manuzio contestó con un catálogo de los errores.

mino, de El Escorial se expone en una vitrina apenas iluminada. Inevitablemente, el ojo se detiene delante de una obra dueña de una belleza particular, en cuya portada destaca un retrato de Julio César. El comisario Gasparotto se detiene ante el que fue conocido entonces como el libro más hermoso jamás impreso: *El sueño de Polifilo*, escrito en italiano por Francesco Colonna, una novela ilustrada con referencias a la arqueología y las tradiciones griegas.

TIPO DE LETRA

Javier Rodríguez Marcos

Exótico lo será usted

Los libros que más dieron que hablar en el Congreso de la Lengua fueron el 'Quijote' y 'El africano', de Le Clézio

Todo escritor tiene dos formas de huir de la literatura: llevar al límite el lenguaje o llevarse a sí mismo al límite. Jean-Marie Gustave Le Clézio ha hecho las dos cosas. La primera parte de su obra, inmersa en el experimentalismo, le valió con 23 años el premio Renaudot por *El proceso verbal* y la admiración de capitanes del posestructuralismo como Foucault y Deleuze. La segunda parte, sumergida en la memoria de su familia, le valió el premio Nobel en 2008. Catorce años antes la revista *Lire* lo había señalado como el más grande escritor vivo en lengua francesa.

En otro tiempo, con la mitad de esos méritos se lo habrían rifado nuestros editores, pero la estrella de Le Clézio languidecía en España cuando la Academia Sueca lo declaró inmortal. El día que se anunció su entrada en el Parnaso, en las librerías españolas —antaño tan atentas a París como ahora a Nueva York— apenas había una edición académica y dos versiones latinoamericanas de sus libros. Eso sí, una de ellas era *El africano*, traducido por Juana Bignozzi para el sello bonaerense Adriana Hidalgo.

Será por justicia poética o por sentido común, pero el caso es que el escritor de Niza, que el mes que viene cumplirá 76 años que no aparenta, fue uno de los protagonistas del VII Congreso de la Lengua celebrado la semana pasada en Puerto Rico. Lo fue además sin darse importancia, ya se trataba de disertar sobre Cervantes delante de los Reyes o de charlar sin prisa con cuantos lectores —miembros de un club de lectura o estudiantes de bachillerato— quisieron reunirse con él. No sería exagerado decir que en Puerto Rico los dos libros que más dieron que hablar fueron el *Quijote* y *El africano*. Tampoco lo sería decir que al menos los que hablaban del segundo demostraron haberlo leído.

Publicado originalmente en Francia en 2004 y traducido en Argentina meses antes del Nobel, *El africano* es un hito de ese subgénero inagotable que es la literatura de padres e hijos. La Segunda Guerra Mundial separó durante años a la familia Le Clézio. El progenitor trabajaba como médico en un poblado de Nigeria en el que era el único europeo y en el que aprendió a trabajar sin antibióticos y a operarse a sí mismo. Mien-

tras, su esposa y sus dos hijos permanecían en Francia. El reencuentro se produjo en 1948. Fue entonces cuando el futuro escritor conoció a su padre, su austeridad y su autoridad. También, a veces, su brutalidad.

Pese a todo, *El africano* es un ejercicio de amor por un hombre y un continente rotos por el colonialismo. Sin nostalgia y sin exotismo —"los niños son absolutamente ajenos a ese vicio"—, Le Clézio recuerda la libertad de los años que pasó en Ogoja. Igualado a los muchachos yorubas e ibos, su infancia, dice él mismo, no tuvo nada que ver con la de autores como Joyce Cary o William Boyd, cuyos libros africanos se centran en "las ridiculeces de la sociedad blanca" hasta el punto de que "la escuela de la conciencia racial" reemplaza en ellos "el aprendizaje de la conciencia humana".

Su caso fue el opuesto. Devuelto a Francia con la sensación de viajar al extranjero, se inventó que su madre era negra. La negativa a participar en el ejército colonial le llevó al servicio social en México. Allí aprendió español, en la calle, donde dice que lo ha aprendido todo.